

# El poder del evangelio

Un Mensaje que Transforma Vidas



# ÍNDICE

## Introducción

1. El significado de la “Buena Noticia”
2. La importancia de la “mala noticia” para entender la buena
3. El contenido del Evangelio
4. Fragmentaciones y distorsiones del Evangelio
5. El Evangelio eterno y su relevancia hoy
6. La obra de Dios: objetiva y subjetiva
7. “En Cristo” y “con Cristo”: implicaciones para el creyente
8. La obra subjetiva: la participación humana
9. Expresiones del Evangelio eterno en la Escritura
10. Vivir el Evangelio en lo cotidiano

## Conclusión

## Referencias principales

# INTRODUCCIÓN:

El Evangelio se identifica en griego como euanguélion, cuya traducción más aceptada es "buena noticia". Pero no se trata de una noticia trivial o irrelevante; es un anuncio de un hecho trascendental que tiene el poder de cambiar la historia. Desde el inicio del cristianismo, este concepto ha estado en el corazón de la fe, definiendo no solo lo que creemos, sino también cómo vivimos y nos relacionamos con Dios y con los demás.

Para entender por qué esta noticia se considera "buena", debemos contemplar la condición humana frente a un Dios santo. El cristianismo afirma que el ser humano, por sí solo, no puede alcanzar la plenitud espiritual ni reconciliarse con su Creador. El Evangelio entra a responder a esta necesidad profunda, ofreciéndose como un puente entre el hombre y Dios.

Sin embargo, uno de los desafíos modernos es que la palabra "Evangelio" ha adquirido una familiaridad tan grande que muchas veces se reduce o se deforma. Para algunos, es simplemente el nombre de un género musical con raíces afroamericanas, el "góspel". Para otros, se limita a un método de evangelización para "ir al cielo". Pero el verdadero Evangelio es más amplio, abarcando la totalidad de la vida y la historia de la humanidad.

De acuerdo con la tradición cristiana,

este mensaje revela la forma en que Dios mismo se ha definido delante de la humanidad: no es un ser lejano ni indiferente, sino un Padre que se acerca, habla y actúa en la historia. Este acercamiento divino tiene su máxima expresión en la persona de Jesucristo, quien encarna la voluntad soberana de Dios para salvar y restaurar lo que el pecado ha corrompido. Así, el Evangelio es la noticia de que Dios no solo identifica el problema del pecado y de la muerte, sino que además provee la solución definitiva en la cruz y en la resurrección de Jesús. Esta propuesta de salvación se sostiene en el amor divino, pero también en la justicia y la santidad de Dios, elementos que no pueden separarse de la revelación bíblica.

Para captar la magnitud del Evangelio, necesitamos contrastarlo con lo que llamamos la "mala noticia": un mundo afectado por el mal, donde la injusticia, el dolor y la muerte parecen prevalecer. El pecado ha generado un caos tal, que solo la intervención divina puede repararlo. El Evangelio anuncia precisamente esa intervención histórica y cósmica de Dios. A lo largo de este , exploraremos el significado, la amplitud y las implicaciones del Evangelio en nuestra vida cotidiana. Veremos que no es una idea para ser debatida meramente en círculos teológicos, sino un suceso que interpela a cada ser humano a cambiar de mentalidad y de rumbo existencial.

Analizaremos también cómo la Iglesia, en algunos momentos de la historia, ha fragmentado o distorsionado la esencia del Evangelio, cayendo en posturas extremas como el legalismo o la “hipergracia” (la gracia barata). Estos desequilibrios nos invitan a volver a las Escrituras para recuperar la totalidad del mensaje.

Asimismo, abordaremos el concepto de “Evangelio eterno” mencionado en Apocalipsis, subrayando que esta buena noticia no caduca ni se limita a una cultura específica. Su origen en la eternidad y su culminación en la historia futura le dan un carácter universal que atraviesa generaciones, contextos y barreras culturales. Con esta introducción, te invito a un recorrido detallado por las distintas facetas del Evangelio, desde su definición y fundamentos bíblicos hasta su poder transformador en la vida personal y colectiva. A medida que avancemos, descubrirás que esta noticia no es estática, sino viva y eficaz, capaz de impactar profundamente nuestra forma de entender el mundo y de relacionarnos con Dios.

# EL SIGNIFICADO DE LA “BUENA NOTICIA”

El término griego euanguélion remonta sus raíces a la práctica de anunciar victorias militares en el mundo grecorromano. Los mensajeros (o heraldos, angeloi en griego) llevaban la noticia de que un rey o emperador había triunfado en la batalla, asegurando así la paz y la prosperidad en su territorio. Esta imagen de victoria y tranquilidad refleja el trasfondo cultural en el que el término se utilizó para referirse al mensaje de salvación cristiano.

Sin embargo, al aplicarlo a la fe cristiana, el Evangelio deja de ser un mero anuncio humano y se convierte en la proclamación de la obra de Dios. No es el ser humano el que se jacta de su logro espiritual, sino Dios quien declara haber triunfado sobre el pecado y la muerte por medio de Jesucristo. Así, la buena noticia no es un consejo para que hagamos algo, sino la declaración de lo que ya se ha hecho por nosotros.

Esta victoria divina no se limita a lo que ocurre en el corazón de cada persona. En el cristianismo primitivo, el Evangelio implicaba la irrupción del reino de Dios en la historia.

Jesús predicaba diciendo: “El reino de Dios se ha acercado” (**Marcos 1:15**), dando a entender que su presencia y ministerio inauguraban una nueva realidad gobernada por el poder y la justicia divinos.

A pesar de lo anterior, muchas personas dan por sentado que comprenden el Evangelio simplemente porque han crecido en un entorno donde se menciona con frecuencia. Se habla de “predicar el Evangelio” como si fuera simplemente decir “Jesús te ama” o recitar una fórmula corta para el perdón de pecados. Si bien esas expresiones pueden ser veraces, a menudo no abarcan la riqueza total de lo que significa la buena noticia en términos de transformación integral.

Es importante entender que el Evangelio no es solo para el futuro, pensando en la “vida eterna” como algo que empieza después de la muerte. En la enseñanza bíblica, la vida eterna comienza aquí y ahora, al recibir a Cristo en el corazón. El reino de Dios se hace presente y tangible donde la voluntad de Dios es obedecida, y esa obediencia surge de un cambio genuino que Él mismo produce.

La familiaridad con el concepto de “buena noticia” puede generar cierta apatía.

Algunas iglesias y predicadores se conforman con presentar fórmulas simplistas de salvación, reduciendo la fe a “aceptar a Jesús” sin un discipulado profundo. Este modo superficial de encarar el Evangelio ignora la dimensión profunda de la conversión, que implica un cambio de mentalidad (metanoia) y de estilo de vida.

Del mismo modo, restringir el Evangelio a un conjunto de normas morales o a un ritual dominical es quitarle su potencia transformadora. Jesús no vino a fundar una religión más, sino a establecer la base de una nueva creación, en la cual Dios reconcilia consigo al mundo (**2 Corintios 5:19**). Esta reconexión divina pone en marcha una dinámica de gracia, fe y obediencia que trasciende la mera tradición.

La buena noticia, tal como la proclamaban Jesús y los apóstoles, abarca el perdón de pecados, la sanidad interior y la restauración de todas las cosas. Significa que Dios, en su infinito amor, abrió un camino para que el hombre caído, sumido en el caos del pecado, pueda ser restaurado y participar de la plenitud de la vida que el Creador ofrece.



Además, el Evangelio nos recuerda que esta buena noticia no es “un consejo” sino un “suceso”. La transformación a la que invita no se basa en reglas humanas, sino en la fuerza de un evento histórico: la muerte y resurrección de Jesucristo, que da esperanza y sentido a la fe cristiana. De ahí que el apóstol Pablo dijera: “No me avergüenzo del Evangelio, porque es poder de Dios para salvación” (**Romanos 1:16**).

En resumidas cuentas, el significado de la “Buena Noticia” radica en que Dios se ha revelado y ha actuado para reconciliar consigo a la humanidad. Su iniciativa amorosa no solo provee una salida al pecado, sino que promete la restauración de la vida en su totalidad. Cuando realmente se asimila esta realidad, se descubre un horizonte nuevo en la relación con Dios, uno que impulsa a la adoración, al servicio y al gozo de una vida plena.

# LA IMPORTANCIA DE LA “MALA NOTICIA” PARA ENTENDER LA BUENA

Para comprender por qué el Evangelio es tan extraordinario, primero debemos tomar conciencia de la condición de la humanidad sin Cristo. La Biblia presenta un diagnóstico contundente: el pecado ha traído muerte, separación de Dios y desorden a la creación entera (**Romanos 5:12**). Esta realidad representa la “mala noticia” que dota de sentido y urgencia a la “buena noticia” de la salvación.

El pecado no es meramente una serie de actos inmorales; es un estado de rebelión e independencia del hombre ante Dios. Esta condición se inició en la caída de Adán y Eva (**Génesis 3**) y, desde entonces, forma parte de la experiencia humana. Todos hemos “pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios” (**Romanos 3:23**), lo cual implica un quiebre en la relación con el Creador.

Tim Keller, teólogo contemporáneo, insiste en que si no entendemos la realidad de la ira y la justicia divinas frente al pecado, el Evangelio carecerá de profundidad. ¿Por qué? Porque, sin percibir la gravedad de nuestra situación, no reconocemos cuán maravilloso es el rescate que Dios ofrece.

La misericordia resulta banal si no hay conciencia de la condenación de la que somos librados.

Al observar nuestro entorno, vemos los efectos de esa “mala noticia” en la injusticia social, la violencia, la enfermedad y el deterioro moral. Aunque la cultura moderna busca mil y un remedios para el mal — educación, desarrollo económico, leyes más estrictas—, no logra erradicar su raíz. Solo el Evangelio afirma que el pecado es un problema espiritual que requiere la intervención de Dios.

El caos del pecado va más allá de los individuos, contaminando estructuras y sistemas. Por ello, el Evangelio, además de ofrecer perdón personal, plantea una regeneración más amplia, que apunta a la reconciliación de todas las cosas en Cristo (**Colosenses 1:20**). No se trata de un cambio superficial, sino de una transformación profunda que restaura la imagen de Dios en la humanidad y el orden original de la creación.

Entender la mala noticia del pecado también implica reconocer nuestra incapacidad para salvarnos a nosotros mismos. Ningún sacrificio humano, obra caritativa ni esfuerzo de desarrollo moral es suficiente para anular la culpa.

El apóstol Pablo resume esta impotencia al enfatizar que la salvación “no es por obras, para que nadie se gloríe” (Efesios 2:9). Así, necesitamos de un salvador que cargue con nuestro castigo.

Sin la perspectiva de la “mala noticia”, el Evangelio se reduce a una filosofía de vida agradable o a un eslogan de autoayuda. Sin embargo, cuando se descubre la seriedad de nuestra situación, se aprecia el sacrificio de Cristo como la máxima expresión del amor y la justicia divinos. Es un amor que asume el costo infinito de nuestra redención, rescatándonos de la condenación segura.

A muchos creyentes les incomoda hablar de temas como el juicio de Dios o la ira divina, por temor a sonar “negativos” o “anticuados”. Pero ignorar estos elementos oscurece el verdadero valor de la cruz. En la cruz, la ira de Dios contra el pecado se satisfizo de manera sustitutoria en la persona de Jesús, permitiendo así que el creyente reciba la vida eterna.

Además, conocer la mala noticia nos impulsa a la humildad y al arrepentimiento. Reconocemos que la raíz de nuestros males no está en algo externo, sino en el interior de cada persona. Así, nos acercamos a Dios desde la sencillez de un corazón

contrito y no desde la arrogancia de quien cree que merece la salvación.

En conclusión, la importancia de la “mala noticia” radica en que ilumina la profundidad de la buena. El Evangelio brilla con toda su fuerza cuando entendemos que está respondiendo a la catástrofe del pecado, ofreciendo perdón, reconciliación y esperanza de un nuevo orden que solo Dios podía realizar.

# EL CONTENIDO DEL EVANGELIO

Una de las grandes preguntas a lo largo de la historia de la Iglesia ha sido: “¿Qué elementos conforman el Evangelio?” Si bien hay consenso en que gira en torno a la persona y la obra de Jesucristo, las Escrituras presentan enfoques complementarios que abarcan tanto la reconciliación del individuo con Dios como la restauración del universo caído.

Por un lado, hay un enfoque personal o individual, que responde a la interrogante: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Este aspecto del Evangelio recalca la culpabilidad humana, la santidad de Dios, la muerte sustitutoria de Cristo y la justificación por la fe. Aquí, la buena noticia se centra en la promesa de que, por medio del arrepentimiento y la fe, el pecador puede ser perdonado y adoptado en la familia de Dios.

Por otro lado, existe un enfoque cósmico o universal, que contempla la historia de la creación, la caída, la redención y la restauración final. Esta perspectiva muestra que Dios no se limita a salvar individuos, sino que trabaja para renovar toda la creación,

alineándola con su propósito original. Así, el Evangelio no solo abarca el destino de nuestras almas, sino también la promesa de nuevos cielos y nueva tierra (**Apocalipsis 21:1**).

Tim Keller, en varios de sus escritos y sermones, ha señalado la necesidad de mantener ambos enfoques en tensión para evitar una presentación incompleta del Evangelio. Si solo predicamos la salvación individual, podemos volvernos insensibles a la injusticia social y ecológica. Por otro lado, si solo hablamos de justicia global sin invitar a la transformación personal, nos quedamos con un mero "activismo social".

El contenido del Evangelio, en su núcleo, es la proclamación de que Jesucristo, el Hijo de Dios, vivió sin pecado, murió en la cruz para expiar nuestros pecados, resucitó al tercer día triunfante sobre la muerte y ascendió a los cielos, desde donde gobierna y espera su retorno glorioso. Cada uno de estos eventos tiene implicaciones teológicas que refuerzan el carácter redentor y transformador del mensaje.

Además, el Evangelio revela el carácter de Dios: santo, justo y lleno de amor. La cruz se convierte en el punto culminante de su justicia y de su misericordia,

demostrando que Dios toma muy en serio el pecado, pero también ama de forma incondicional a quienes se han apartado de Él. Esta armonía entre justicia y amor es inusual en la mente humana, pero en Cristo se hace maravillosamente evidente.

La base de recepción del Evangelio es la fe. La Biblia insiste en que "sin fe es imposible agradar a Dios" (**Hebreos 11:6**). Esta fe no es meramente intelectual, sino confianza plena en la obra de Cristo y una adhesión voluntaria a su señorío. Desde esta perspectiva, creer es "abrazar" la buena noticia y dejar que transforme nuestra manera de pensar y vivir.

Asimismo, el Evangelio es un mensaje de gracia. No puede ser ganado por méritos ni alcanzado por nuestras fuerzas. Todo proviene de la iniciativa divina, que llama, justifica y adopta a los pecadores como hijos (**Romanos 8:15**). Esta gracia, sin embargo, conlleva un compromiso de santificación y servicio, pues quien es salvo por gracia se ve motivado a vivir en la voluntad de Dios

El Evangelio también anuncia la victoria de Cristo sobre las fuerzas del mal. No se limita a un evento pasado; la resurrección de Jesús inaugura una nueva era en la que el diablo, el pecado y la muerte han sido derrotados.



Por ello, los cristianos esperan la manifestación plena de esa victoria en la segunda venida de Jesús, cuando se consumará la restauración completa del orden creado.

En conclusión, el contenido del Evangelio es tan amplio como profundo, abarcando al individuo y al cosmos, la historia de la redención y el futuro glorioso, la gracia y la responsabilidad. Su centro es Cristo, y su fuerza radica en la revelación de un Dios que no solo crea, sino que también salva, transforma y renueva todas las cosas para su gloria.

# FRAGMENTACIONES Y DISTORSIONES DEL EVANGELIO

Desde los primeros siglos del cristianismo, han surgido herejías y doctrinas desviadas que pretenden enfatizar solo una parte del mensaje bíblico, resultando en un Evangelio “reducido”. Una de estas inclinaciones es el legalismo, donde se subraya la obediencia a las normas hasta el punto de dejar en segundo plano la gracia divina y la obra consumada de Cristo.

El legalismo genera una espiritualidad basada en el mérito y la autosuficiencia. Los creyentes pueden verse atrapados en una mentalidad de “ganarse” el favor de Dios, sin comprender que la justificación es por fe. Esta visión no solo agobia, sino que contradice el anuncio de la libertad con la que Cristo nos hizo libres (**Gálatas 5:1**).

En el otro extremo se sitúa la llamada “hipergracia” o “gracia barata”, un término popularizado por Dietrich Bonhoeffer, quien definía esta postura como “la predicación del perdón sin el arrepentimiento... la gracia sin la cruz, la gracia sin Jesucristo vivo y encarnado.” En esta perspectiva, se ignora el peso del pecado y no se resalta la necesidad de un cambio genuino de vida.

La "hipergracia" se vuelve particularmente dañina al promover la idea de que, si Dios perdona todo, entonces el cristiano puede seguir pecando deliberadamente sin consecuencias. Esto tergiversa la enseñanza de la Escritura, que presenta la gracia como el poder para vencer el pecado, no para convivir con él (**Romanos 6:1-2**).

Además de estos dos extremos, existen otras distorsiones menos evidentes. Por ejemplo, reducir el Evangelio a un mero "plan de salvación" que se limita a "repetir una oración" o "firmar una tarjeta de membresía" sin un auténtico discipulado. Esto produce creyentes nominales, que asumen la religión como un seguro de vida eterna en lugar de abrazar una relación viva con Cristo.

Otra distorsión es enmarcar el Evangelio únicamente en la prosperidad material. Si bien Dios provee y cuida de sus hijos, el mensaje bíblico no garantiza riqueza terrenal como un derecho inalienable de todo creyente. Quien considere la fe como una vía para obtener prosperidad constante ignora el llamado al sacrificio, la humildad y la entrega al servicio que también componen el Evangelio.

El sincretismo también puede fragmentar el mensaje. A lo largo de la historia, se ha intentado mezclar la fe cristiana con sistemas filosóficos o ideológicos, resultando en la negación de verdades fundamentales, como la divinidad de Cristo o la resurrección corporal. Esto genera un Evangelio híbrido que pierde la esencia transformadora anclada en la revelación divina.

Para resistir estas fragmentaciones, es necesario regresar a la fuente principal: la Escritura. La Biblia presenta un Evangelio que habla de la gravedad del pecado, la necesidad de la cruz, la centralidad de la resurrección, la respuesta de fe, la gracia como fundamento, la obediencia como fruto, y la esperanza de la restauración final. Cuando se mantiene esta totalidad, se evita caer en posturas desequilibradas.

La historia de la Iglesia nos enseña que las distorsiones surgen cuando se absolutiza un aspecto del mensaje y se descuida el resto. Un ejemplo es cuando se enfatiza tanto el amor de Dios que se omite su santidad y justicia, o cuando se predica una santidad severa sin espacio para el perdón y la misericordia. El Evangelio es, ante todo, el anuncio de la plenitud de la verdad revelada en Cristo.

Comprender estas desviaciones y su efecto dañino nos impulsa a buscar la predicación y la vivencia de un Evangelio integral. Solo así experimentaremos el poder real de la buena noticia que libera de la culpa, transforma el corazón y participa en la renovación de todas las cosas, conforme al propósito eterno de Dios.

# EL EVANGELIO ETERNO Y SU RELEVANCIA HOY

En el libro de Apocalipsis, encontramos la mención a un “Evangelio eterno” (**Apocalipsis 14:6**), concepto que nos recuerda la naturaleza inmutable y atemporal de este mensaje. El Evangelio no es producto de una moda religiosa ni se limita a un contexto cultural; procede del corazón de Dios, quien trasciende el tiempo y el espacio.

La eternidad del Evangelio se conecta con la soberanía divina. Dios, antes de la creación, ya había determinado un plan de salvación en Cristo (**Efesios 1:4**). Este plan no es un recurso improvisado en respuesta a la caída de la humanidad; es parte del propósito eterno de Dios, que se dio a conocer progresivamente a lo largo de las Escrituras.

La relevancia del Evangelio hoy se manifiesta en la capacidad que tiene de responder a las inquietudes más profundas de la existencia humana: el sentido de la vida, el problema del mal, la búsqueda de justicia y la esperanza frente a la muerte. Ninguna tecnología o avance científico puede responder de manera definitiva a estos interrogantes, pero el Evangelio sí ofrece un horizonte de significado y restauración.

Asimismo, el “Evangelio eterno” es un llamado universal. El texto de Apocalipsis dice que se proclama a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Aquí se reivindica la universalidad de la salvación, enfatizando que nadie está excluido del alcance divino, siempre y cuando reciba el mensaje con fe y arrepentimiento.

En un mundo posmoderno y pluralista, muchas voces afirman que la verdad es relativa y que cada uno tiene su propia perspectiva. El Evangelio eterno plantea, en cambio, una verdad objetiva basada en la revelación divina, y al mismo tiempo acoge a personas de toda cultura y condición social. No es una imposición cultural, sino la proclamación de un hecho histórico y salvífico con implicaciones globales.

Esta relevancia también se refleja en la dimensión moral y espiritual. Mientras las ideologías pasajeras van y vienen, el Evangelio ofrece una base sólida para la ética, basada en la naturaleza inmutable de Dios. Su mensaje no se desgasta ni pierde autoridad con el paso de los siglos, pues nace del carácter eterno del Creador.

Frente al sufrimiento, la persecución o las crisis sociales, el Evangelio eterno provee esperanza. Los cristianos perseguidos en diversos lugares del mundo hallan fortaleza al saber que esta buena noticia trasciende sus circunstancias temporales y que sus vidas están guardadas en las manos de un Dios que ya ha vencido.

El Evangelio eterno también nos orienta respecto a la misión de la Iglesia. Si el mensaje es para "toda la tierra", el pueblo de Dios está llamado a compartirlo, sin reducirlo a su comodidad o a su círculo de influencia. La tarea misionera no surge de una idea humana, sino de la convicción de que esta noticia de salvación debe llegar a cada rincón del planeta.

La implicación práctica de este Evangelio inmutable es que los creyentes no deben temer a los cambios de época ni a las presiones culturales. Cuando la cultura se seculariza o se opone a los valores cristianos, el Evangelio sigue siendo la luz y la verdad que puede redimir incluso a los más alejados. Su relevancia está garantizada por su origen divino.



En conclusión, el “Evangelio eterno” no solo destaca la infinita perfección y santidad de Dios, sino que muestra cómo su amor y su gracia se extienden a lo largo de toda la historia humana. Esta verdad vivificante sigue tocando corazones hoy, capacitándonos para enfrentar los desafíos contemporáneos con la certeza de que la victoria de Cristo es permanente e inquebrantable.

# LA OBRA DE DIOS: OBJETIVA Y SUBJETIVA

En la teología cristiana, se distingue entre la “obra objetiva” de Dios y la “obra subjetiva”. La primera alude a lo que Dios ha hecho en Cristo fuera de nosotros, en un sentido histórico y definitivo; la segunda se refiere a cómo esa obra impacta nuestra vida personal y se va aplicando internamente por medio del Espíritu Santo.

La “obra objetiva” inicia con la encarnación de Jesús, continúa con su vida y ministerio perfectos, culmina en su muerte expiatoria y se sella con su resurrección y ascensión. Esta secuencia de eventos no depende de la fe o la obediencia humana; sucedió de manera tangible y verificable en la historia. De ahí que se diga que el cristianismo se basa en hechos, no en meras ideas.

Al declarar Jesús “Consumado es” (**Juan 19:30**), afirmó que el precio del pecado había sido pagado. Esta obra objetiva tiene implicaciones universales: el camino hacia Dios quedó abierto para todo aquel que crea. Sin embargo, la salvación no se hace efectiva en la vida de una persona por el mero conocimiento de estos hechos, sino por la fe que los abraza.

En conclusión, el “Evangelio eterno” no solo destaca la infinita perfección y santidad de Dios, sino que muestra cómo su amor y su gracia se extienden a lo largo de toda la historia humana. Esta verdad vivificante sigue tocando corazones hoy, capacitándonos para enfrentar los desafíos contemporáneos con la certeza de que la victoria de Cristo es permanente e inquebrantable.

Es aquí donde entra la “obra subjetiva”: el Espíritu Santo aplica los méritos de Cristo en el corazón de cada creyente. Por ejemplo, el apóstol Pablo señala que Dios nos dio vida “juntamente con Cristo” y nos resucitó “juntamente con Él” (**Efesios 2:5-6**). Desde el punto de vista divino, esa resurrección se efectuó al resucitar Jesús, pero desde nuestra perspectiva personal, se hace real cuando ponemos nuestra fe en el Salvador.

La obra subjetiva implica regeneración, justificación, adopción y santificación. En la regeneración, el Espíritu Santo nos concede un nuevo nacimiento espiritual. En la justificación, somos declarados justos ante Dios por la obra de Cristo. En la adopción, pasamos a formar parte de la familia de Dios. Y en la santificación, somos transformados gradualmente para parecernos más a Jesús.

Aun así, la acción de Dios no anula la responsabilidad humana. La obra subjetiva se manifiesta a medida que respondemos con fe y obediencia, cooperando con la acción del Espíritu. Este proceso puede incluir pruebas, disciplina y crecimiento continuo, lo que demuestra que la salvación no es un evento aislado, sino un camino de vida.

Es importante destacar que, aunque la santificación sea progresiva, la base de nuestra salvación permanece en la obra objetiva de Cristo. No es que empecemos por la gracia y continuemos por nuestras obras; desde el principio hasta el fin, dependemos de lo que Dios hizo y sigue haciendo. Nuestro rol es recibir y vivir en consonancia con esa realidad.

Cuando se entiende esta dinámica entre la obra objetiva y la subjetiva, desaparece la dicotomía entre gracia y obediencia. No obedecemos para ganar la salvación, sino porque ya hemos sido salvados. La obediencia brota de la gratitud y del poder del Espíritu, no de la búsqueda de méritos o aprobaciones divinas.

Este equilibrio se rompe cuando la gente enfatiza solo la parte subjetiva, pensando que

la salvación depende de su esfuerzo, o cuando enfatiza solo lo objetivo, asumiendo que no tiene importancia cómo vivan, puesto que "Cristo ya pagó". La Biblia enseña que hay una armonía entre lo que Cristo ha hecho y la respuesta que se nos pide.

En conclusión, la obra de Dios es integral: un hecho histórico que ofrece un fundamento sólido (lo objetivo) y un proceso interno que nos transforma (lo subjetivo). Al abrazar ambos aspectos, descubrimos que el Evangelio no se queda en teoría, sino que opera poderosamente en el creyente, dándole una nueva identidad y capacitándole para vivir en santidad y servicio.

# “EN CRISTO” Y “CON CRISTO”: IMPLICACIONES PARA EL CREYENTE

Una de las expresiones más repetidas en los escritos de Pablo es “en Cristo” o “con Cristo”. Estas frases condensan el misterio de la unión entre el creyente y Jesús, describiendo una relación tan cercana que lo que sucedió en la vida, muerte y resurrección de Cristo repercute directamente en quienes ponen su fe en Él.

Estar “en Cristo” significa que nuestra identidad esencial se ancla en lo que Él es y ha hecho. Pablo explica que, al creer, somos “bautizados en Cristo Jesús” (**Romanos 6:3-4**), simbolizando nuestra muerte al pecado y nuestro resurgir a una nueva vida. Esta unión no es meramente simbólica; implica una realidad espiritual que cambia la posición del creyente delante de Dios.

Asimismo, la Biblia dice que Dios nos bendijo “con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo” (**Efesios 1:3**). Esto enfatiza que las riquezas de la gracia divina están disponibles en esa unión espiritual. El creyente no necesita merecerlas, pues le pertenecen en virtud de su relación con el Hijo de Dios.

La idea de estar “con Cristo” resalta la participación conjunta en su experiencia. Cuando Cristo murió, los creyentes, en un sentido espiritual, murieron al pecado.

Cuando resucitó, resucitaron a una vida nueva. Incluso se menciona que “estamos sentados en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (**Efesios 2:6**). Aunque físicamente estemos en el mundo, nuestra posición legal y espiritual está en la presencia del Padre.

Esta unión profunda tiene implicaciones en nuestra lucha diaria contra el pecado.

**Romanos 6:11** instruye: “Consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.” Al comprender nuestra posición “en Cristo”, dejamos de vernos como meros pecadores derrotados y empezamos a vivir como hijos adoptados que tienen la victoria de Cristo a su favor.

La comunión con Cristo también abarca el sufrimiento. Pablo deseaba “conocerle [a Cristo], y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos” (**Filipenses 3:10**). Estar “con Cristo” implica que incluso en los momentos de prueba y dolor, podemos identificarnos con su pasión, recibiendo consuelo y fortaleza para perseverar.

Además, esta unión cambia la forma en que vemos la muerte física. Para el creyente, la muerte se convierte en un tránsito hacia la plenitud de la presencia divina. Pablo podía decir: "Para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia" (**Filipenses 1:21**), porque entendía que estar "con Cristo" era lo más valioso, tanto en la vida presente como en la eternidad.

En el ámbito comunitario, la unión con Cristo crea la "comunión de los santos". Todos los creyentes comparten la misma vida de Cristo, lo cual forja un cuerpo espiritual, la Iglesia, donde cada miembro aporta dones y recibe cuidado. De ahí que la división o el desprecio entre hermanos contraríen la unidad esencial que tenemos "en Cristo".

Vivir "en Cristo" y "con Cristo" no es un ideal inalcanzable, sino la realidad que define la vida cristiana auténtica. No es simplemente imitar a Jesús en nuestras fuerzas, sino permitir que su Espíritu fluya en nosotros, transformando actitudes y modelando nuestro carácter según su imagen.

Esta verdad deja en claro que la fe cristiana no se basa en un sistema religioso frío ni en la mera adopción de una filosofía. Se trata de una relación viva con el Hijo de Dios,



en la que participamos de sus sufrimientos y de su gloria, de su cruz y de su victoria. Así, cada creyente descubre que su verdadera vida se encuentra “escondida con Cristo en Dios” (**Colosenses 3:3**).

# LA OBRA SUBJETIVA: LA PARTICIPACIÓN HUMANA

Aunque la salvación es un regalo divino, el creyente es llamado a participar activamente en lo que se ha denominado la “obra subjetiva” de Dios. Esta obra interior, realizada por el Espíritu Santo, requiere la colaboración de nuestra voluntad para que se exprese y madure a lo largo de la vida cristiana.

La participación humana inicia con la fe y el arrepentimiento, actitudes que marcan el punto de partida en el encuentro con Dios. Fe no es solo creer intelectualmente, sino depositar la confianza plena en la eficacia del sacrificio de Cristo. El arrepentimiento, por su parte, implica un cambio de mentalidad y la determinación de apartarse del pecado.

Una vez que el creyente es regenerado, el proceso de santificación comienza. Aquí, el Espíritu Santo trabaja en nuestro interior para conformarnos gradualmente a la imagen de Jesús. Esto no ocurre automáticamente; la persona debe cooperar, sometiendo su mente y corazón a la Palabra de Dios, practicando la oración y ejerciendo la obediencia.

La disciplina espiritual forma parte de esta participación humana. Orar, leer las Escrituras, congregarse, servir y compartir el Evangelio no son exigencias para “ganar” la salvación, sino medios de gracia que fortalecen nuestra relación con Dios y estimulan el crecimiento espiritual. En la medida en que el creyente se ejercita en estas prácticas, la obra subjetiva se hace más evidente.

Otra expresión de la participación humana es la lucha contra la carne y contra las tentaciones. **Gálatas 5:17** habla de la oposición entre el Espíritu y la carne. Aun teniendo el poder de Dios, el creyente ha de decidir cada día rendirse a la voluntad del Espíritu en lugar de dejarse dominar por deseos contrarios a la santidad.

El arrepentimiento continuo se convierte en un estilo de vida para el cristiano. Aunque la regeneración sucede de una vez, la sensibilidad al pecado y la corrección divina acompañan al creyente durante todo su caminar. Esta dinámica mantiene viva la relación con Dios, evitando la insensibilidad y la dureza de corazón.

El fruto de esta participación se observa en el carácter transformado. El apóstol Pablo describe en **Gálatas 5:22-23** los llamados “frutos del Espíritu” —amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza— como evidencias de la obra interior de Dios. Cuanto más cedemos al Espíritu, más de este fruto emerge en nuestra conducta diaria.

La obediencia misionera también refleja la obra subjetiva. El creyente que comprende la magnitud del Evangelio siente el impulso de compartirlo con otros, de actuar con misericordia y justicia, y de contribuir a la expansión del reino de Dios en diversos contextos, ya sea en la familia, en la sociedad o en culturas lejanas.

Cabe señalar que esta participación humana no debe confundirse con el moralismo o el esfuerzo meramente humano. Es Dios quien da “el querer como el hacer” (**Filipenses 2:13**), pero nuestra respuesta es necesaria para que el potencial de la gracia se traduzca en acciones concretas y en una vida que honre al Señor.

En suma, la obra subjetiva es la aplicación personal de lo que Cristo hizo de forma objetiva. El creyente, al cooperar con el Espíritu, madura en santidad, desarrolla un testimonio coherente y crece en amor hacia Dios y hacia el prójimo. Así, la salvación se experimenta en toda su riqueza, no solo como un evento pasado, sino como una realidad continua que transforma al individuo y lo habilita para servir al propósito divino.

# EXPRESIONES DEL EVANGELIO ETERNO EN LA ESCRITURA

El Nuevo Testamento describe el Evangelio con diversos matices, presentándolo como el **“Evangelio del reino”, “Evangelio de la gracia de Dios”, “Evangelio de Jesucristo”, “Evangelio de la paz”**, entre otras denominaciones. Cada una de ellas enfatiza un aspecto de la misma buena noticia, arrojando luz sobre su riqueza y amplitud.

El **“Evangelio del reino” (Mateo 4:23)** resalta la instauración del gobierno divino en la tierra. Jesús proclamaba que el reino de Dios había llegado, invitando a la gente a cambiar su forma de pensar y a creer en este nuevo orden. Aquí se subraya que el Evangelio no solo habla de salvación individual, sino de la totalidad de la vida sometida a la voluntad del Rey.

El **“Evangelio de Jesucristo” (Marcos 1:1)** pone el foco en la persona del Hijo de Dios. Es la buena noticia de que Él es el Mesías esperado, el cumplimiento de las promesas del Antiguo Testamento y el agente de la reconciliación con el Padre. Todo lo que el hombre necesita, lo halla en la persona de Jesús.

El **“Evangelio de la promesa”** (Hechos 13:32) recuerda el cumplimiento histórico de las promesas hechas a los padres de la fe (Abraham, Isaac y Jacob). Dios se revela fiel al realizar todo lo que anunció mediante los profetas. Cristo es la culminación de estas profecías, trayendo a la realidad el plan de salvación en el tiempo señalado.

El **“Evangelio eterno”** (Apocalipsis 14:6) subraya la naturaleza inmutable de este mensaje, que no depende de las fluctuaciones culturales. Es la misma verdad proclamada desde los inicios, válida para todas las generaciones, y que seguirá resonando hasta el final de los tiempos, invitando a todas las naciones a volverse a Dios.

Al contemplar estas expresiones, comprendemos que el Evangelio es un “poliedro” de múltiples caras, todas apuntando a la misma esencia: la buena noticia de la intervención divina para rescatar a la humanidad y renovar el orden creado, en y a través de Jesucristo. Ninguna de estas facetas es prescindible; todas muestran un aspecto vital de la salvación.

Estudiar y profundizar en estas diversas descripciones enriquece nuestra visión del Evangelio, evitando la tentación de reducirlo a un solo tópico. Así, la Iglesia puede predicarlo en su totalidad, mostrando un mensaje que incluye salvación, restauración, reconciliación, gracia, señorío, paz y esperanza eterna. Este es el "Evangelio de Dios" en toda su plenitud y poder.



# VIVIR EL EVANGELIO EN LO COTIDIANO

Entender el Evangelio es un paso crucial, pero vivirlo día a día es la verdadera meta de la fe cristiana. Se trata de encarnar la buena noticia en nuestras relaciones, decisiones, valores y propósito de vida. Si el Evangelio se queda en la teoría, pierde su capacidad transformadora.

Una forma concreta de vivir el Evangelio se manifiesta en la adoración a Dios. No hablamos solo de cantos congregacionales, sino de una vida que reconoce la soberanía y la bondad divinas en todo momento. El creyente que vive el Evangelio agradece a Dios al levantarse, al trabajar, al compartir con su familia y al tomar decisiones que honren sus principios.

Otra esfera fundamental es la relación con el prójimo. Quien experimenta la gracia divina tiende a perdonar, a actuar con compasión y a buscar la reconciliación en los conflictos. El apóstol Juan enseña que no se puede amar a Dios a quien no vemos, si no amamos a nuestro hermano a quien vemos (**1 Juan 4:20**). El Evangelio, por tanto, se refleja en la manera de tratar a los demás.

En el ámbito del trabajo y las responsabilidades cotidianas, vivir el Evangelio implica desempeñarse con integridad, honestidad y excelencia. Ya sea que se trate de un empresario, un ama de casa, un estudiante o un obrero, el creyente entiende que su trabajo es un servicio ofrecido a Dios y a la sociedad. Esto promueve una ética laboral que trasciende el simple afán de lucro o reconocimiento personal.

La familia se convierte en un escenario privilegiado para encarnar el Evangelio. El matrimonio refleja la relación de Cristo con la Iglesia, llamando a un amor sacrificial y paciente. La crianza de los hijos, por su parte, se fundamenta en la formación en la fe, la disciplina amorosa y el ejemplo de vida coherente. De este modo, la familia se consolida como una pequeña comunidad donde el reino de Dios se hace tangible.

La mayordomía del tiempo y los recursos es otra forma de expresar la vida de fe. Quien abraza el Evangelio comprende que nada es verdaderamente suyo, sino que todo le ha sido confiado por Dios para administrarlo con sabiduría. Esto incluye el uso responsable del dinero, el cuidado del medio ambiente y la disposición de ayudar a los más necesitados.

Vivir el Evangelio también implica un compromiso con la justicia y la misericordia en el entorno social. Jesús ministraba a marginados, enfermos y pecadores, mostrando la compasión divina ante el sufrimiento humano. Siguiendo su ejemplo, el creyente busca influir positivamente en su comunidad, denunciando la injusticia y contribuyendo a soluciones que honren la dignidad de las personas.

Otro aspecto crucial es la formación del carácter. El proceso de santificación nos lleva a cultivar virtudes cristianas como la humildad, la paciencia y la fidelidad. Día tras día, el creyente confronta sus actitudes egoístas y permite que el Espíritu Santo redireccione sus deseos, alineándolos con la voluntad de Dios.

Al vivir el Evangelio cotidianamente, el creyente desarrolla una esperanza firme que trasciende las circunstancias adversas. Así como Cristo venció la muerte, el cristiano aprende a confiar en que el poder de la resurrección actúa en medio del sufrimiento, la incertidumbre económica o cualquier dificultad. Esta esperanza no es pasiva, sino activa y generosa, pues no duda en compartir con otros el aliento recibido de Dios.

En definitiva, vivir el Evangelio día a día significa reconocer a Cristo como Señor de cada área de la existencia. Es un camino de progreso y no de perfección inmediata, pero es la vía por la cual la fe se hace real y visible. Cada decisión tomada a la luz del Evangelio, cada acto de amor sincero y cada momento de adoración privada se convierten en un testimonio de la gracia y el poder transformador de Dios en el mundo.

# CONCLUSIÓN

El Evangelio, lejos de ser un mero concepto teológico o una simple tradición religiosa, constituye la noticia más radical y transformadora que la humanidad pueda escuchar. Es el anuncio de que Dios se acercó para redimir a un mundo caído, definiendo a los hombres y mujeres en la persona de Jesucristo.

A lo largo de estas páginas, hemos visto que la “mala noticia” del pecado y la muerte enmarca la urgencia y la profundidad de la “buena noticia” de la salvación. Sin entender la gravedad de nuestra situación, no apreciaríamos la grandeza de la gracia divina, ni la necesidad de la cruz como respuesta de justicia y amor a la vez.

El contenido del Evangelio incluye tanto la reconciliación individual como la restauración cósmica. Es un mensaje que abarca la redención del corazón humano y la renovación de la creación entera. Se trata de la obra histórica y objetiva de Cristo, aplicada subjetivamente a cada creyente por el Espíritu Santo, quien hace real en nosotros lo que el Hijo consumió en la cruz y en la resurrección.

Hemos analizado las distintas formas de fragmentar o distorsionar el mensaje (legalismo, hipergracia, sincretismos, etc.), las cuales evidencian la tendencia humana a querer alterar la perfecta armonía entre la gracia y la verdad. Volver constantemente a las Escrituras y a la figura de Cristo nos resguarda de caer en extremos que empañan la gloria del verdadero Evangelio.

El llamado "Evangelio eterno" nos recuerda su vigencia para cada generación, sin importar los cambios culturales o los embates de la historia. Al ser de origen divino, permanece inmutable y poderoso para salvar, liberar y transformar a todos los que lo reciben con fe.

Dentro de este panorama, la unión "en Cristo" y "con Cristo" redefine nuestra identidad y nos otorga la posición de hijos adoptados, muertos al pecado y vivos para Dios. Este maravilloso misterio nos invita a vivir según la nueva naturaleza, participando activamente de la obra subjetiva del Espíritu en nuestro interior.

El creyente, por tanto, es llamado a cooperar con esa obra a través de la fe, el arrepentimiento y la disciplina espiritual, dejando que el carácter de Cristo florezca en su

conducta y motivaciones. Es así como el Evangelio no queda en un concepto abstracto, sino que adquiere rostro en la vida cotidiana de aquellos que lo encarnan.

Las diferentes expresiones bíblicas del Evangelio (del reino, de la gracia, de la paz, etc.) acentúan la riqueza de un mensaje que no puede contenerse en un solo rótulo. Cada facetaje ilumina un aspecto crucial, contribuyendo a la plenitud de una noticia que es a la vez histórica, cósmica y personal. Finalmente, vivir el Evangelio en lo diario implica una renovación constante del pensamiento y la acción. El cristiano adopta la perspectiva del reino de Dios en sus relaciones, su trabajo, su familia y su participación social. Todo se somete a la soberanía del Rey, en un acto de adoración integral.

Que al concluir esta lectura, cada uno de nosotros sea motivado a profundizar más en la Palabra, a orar y a dejar que el Espíritu Santo aplique estas verdades a nuestro corazón. El Evangelio sigue siendo un poder transformador que no ha perdido vigencia, y nos invita a participar de la mayor historia jamás contada: la de un Dios que se da a conocer, salva y restaura, llevándonos de muerte a vida, de tinieblas a luz, y de esclavitud a libertad.

# REFERENCIAS PRINCIPALES

**La Biblia** (citas de Lucas, Romanos, Efesios, Mateo, Apocalipsis, etc.).

**Bonhoeffer, Dietrich.** Discipulado.

**Keller, Timothy.** Comentario y sermones sobre Romanos 1, y otros escritos.

**Wright, N. T. (Tom Wright).** Diversos estudios sobre el reino de Dios y la resurrección.

Material de referencia proporcionado (extractos y reflexiones incluidas en el contenido).